

justicia, de la castidad y del terrible espectáculo del juicio venidero? ¿exageraria San Pablo cuando los habitadores de las ciudades venian hiriendo sus pechos, deshaciéndose en lágrimas á sus piés y llevando á las plazas públicas los libros lascivos ó impíos, y los demás instrumentos de sus pasiones, para sacrificarlos al Señor?

Nos acusais tambien de que añadimos nuevos terrores á las palabras del Evangelio: ¿pero dónde están las conciencias que turbamos? ¿dónde están los pecadores que asustamos? ¿dónde las almas que atemorizadas al salir de nuestros sermones, van á esconderse en lo mas retirado de los desiertos y á expiar con santos excesos de penitencia las disoluciones de sus pasadas costumbres? En los antiguos siglos se vieron muchos ejemplares de estos; ¿pero en el nuestro se ve por ventura alguno? ¡Ah! ojalá pudiérais convencerme de haber inspirado á una sola alma estos saludables temores, decia antiguamente San Ambrosio á algunos sábios mundanos de su tiempo, que le acusaban de que exageraba los peligros y la corrupcion del mundo y de que hacia que muchas doncellas cristianas tomasen el partido de la santa virginidad; y yo os lo puedo decir con mucha mas razon que aquel grande hombre: *Utinam convincerer.* ¡Ojalá me pudiérais manifestar las resultas de una indiscrecion tan feliz! *Utinam tanti criminis probaretur effectus!*<sup>1</sup> ¡Ojalá tuviérais algunos ejemplares con que argüirme, para justificar vuestras censuras! *Utinam me exemplis potius argueretis, quam sermonibus caderitis!* ¡Ah! yo sufriera con gusto la calumnia si se me pudiera manifestar el suceso que se me reprende. *Non vererer injuriam, si efficaciam recognoscerem.*

1 S. Ambros, de Virginit. lib. 1. c. 5.

¡Ah! acaso nosotros condescendemos con vuestra flaqueza, acaso respetamos demasiado unas costumbres autorizadas con un largo uso, por temor de que no parezca que censuramos los grandes ejemplos que las autorizan; casi no nos atrevemos á hablar de ciertos desórdenes porque no parezca que nuestras censuras se dirigen mas á las personas que á los vicios: nos contentamos con manifestaros de lejos unas verdades que debiéramos poner muy cerca de vuestra vista, y aun vuestra salvacion padece muchas veces por el exceso de nuestras precauciones y de nuestra tímida prudencia. ¿Qué mas diré? La flaqueza nos arranca mucha veces elogios en donde el celo debiera colocar anatemas y censuras. Nos dejamos deslumbrar, como el mundo, con los nombres y con los títulos. Lo que animó á los Ambrosios nos acobarda á nosotros, y muchas veces, porque debemos respetaros, os ocultamos la verdad, á la que debiéramos respetar aun mas que á vosotros; ¡y con todo eso, nos acusais de que exageramos, de que ponderamos las verdades y de que formamos fantasmas á nuestro modo para asustar á los que nos escuchan!

¿Pero qué utilidad sacariamos de un artificio tan indigno de la verdad que se nos ha confiado? Las declamaciones excesivas y pueriles podrian convenir á la elocuencia venal de aquellos sofistas que en las escuelas de Grecia procuraban atraer discípulos ponderándoles la sabiduría de su secta; pero nosotros, católicos, ¡ah! nosotros quisiéramos poder suavizaros el yugo en vez de hacéroslo mas pesado; quisiéramos poder facilitaros el camino, y no poner en él nuevos obstáculos. ¡Ojalá pudiéramos, como el pastor del Evangelio, llevaros sobre nuestros hombros para excusaros las fatigas del camino! ¿Cómo habiamos nosotros de disgustaros de la empresa de la salvacion, representándoos en ella

dificultades quiméricas, cuando debemos allanar las que efectivamente se hallan en ella, y daros la mano para sostener vuestra flaqueza?

Meditad la ley de Jesucristo, católicos; ¿pero qué digo? no hagais mas que abrir el Evangelio y leer. Entonces conoceréis que nosotros cubrimos con un velo de discrecion la severidad de sus máximas; entonces, lejos de quejaros de nuestros excesos, supliríais vosotros mismos nuestro silencio y nuestras mitigaciones, y os diríais lo que nosotros tememos deciros porque no lo podreis sufrir. ¡Gran Dios! el compendio de vuestra santa ley se reduce á llevar cada día su cruz, á despreciar el mundo y todo cuanto en él hay, á vivir como extranjeros en la tierra, á no estar unidos mas que á vos solo, á negarse á todo lo que lisonjea los sentidos, á negarse continuamente á sí mismos, á tener por felices á los que lloran y están afligidos. ¿Y qué podrá añadir el entendimiento humano al rigor de esta doctrina? ¿qué cosa mas triste ni mas formidable podremos anunciar al amor propio? Luego vuestras reprensiones no son mas que un vano lenguaje del mundo, y uno de aquellos modos de hablar que todos se apropian y ninguno examina; vuestra conciencia le desmiente en lo interior, y cuando hablais con sinceridad, confesais que tenemos razon y que el Evangelio es un predicador mucho mas severo y mas terrible para el mundo y para los que le aman, que lo que podemos ser nosotros. Esta es la primera obligacion que pide de vosotros la autoridad de la divina palabra; un espíritu de docilidad.

En segundo lugar, debeis á la autoridad de esta divina palabra un espíritu de sinceridad y aplicacion á vosotros mismos; es decir, que debeis ser unos rigurosos censores de vuestras propias conciencias; que por una parte debeis

tener continuamente presente el estado de vuestra alma, y por otra las verdades que os anunciamos; debeis gobernaros por esta regla, ilustraros con esta luz, juzgaros por esta ley, oír, como si solamente se dirigiesen á vosotros, las santas máximas que se predicán á todos, miraros como si estuviérais aquí solos en presencia de Jesucristo que habla á vosotros solos por nuestra boca, y que acaso nos envia aquí solamente para vosotros. Porque, católicos, aquí ninguno recibe para sí la palabra que á él se dirige y que le condena, ninguno cree que es interesado en ella; parece que nosotros nos formamos unas ideas voluntarias para impugnarla, y que la realidad del pecado, contra quien dirigimos nuestros discursos, no se halla en parte alguna; el lascivo no se reconoce ni aun en las mas vivas y mas semejantes imágenes de su pasion; el hombre que es cargado de bienes mal adquiridos, y acaso de la sangre y de los despojos de los pueblos, conviene con nosotros en condenar esta injusticia en los demás, y no ve que se está juzgando á sí mismo; el cortesano poseido de la ambicion y que todos los días sacrifica á este ídolo la conciencia y la probidad, confiesa la bajeza de esta pasion en sus semejantes, y la mira en sí, ó como virtud ó como la principal ciencia de la corte. Cada uno se mira siempre á sí mismo por aquellas circunstancias favorables que le impiden el que se conozca como es en sí; por mas que los señalemos con el dedo, por decirlo así, siempre hallan en sí mismos algunos coloridos agradables que mudan la semejanza, y dicen en su interior: yo no soy aquel hombre; y al mismo tiempo que acaso el público nos está aplicando unas verdades tan parecidas, nosotros solos, ó no queremos conocernos en ellas, ó solo descubrimos en ellas los defectos de nuestros prójimos; para nuestro retrato buscamos ideas extrañas; somos dies-

tros para hacer que caiga sobre otros el golpe que la verdad solamente dirigia hácia nosotros; la malicia de las aplicaciones es el único fruto que sacamos de la pintura que se hace en el púlpito de nuestros vicios, y juzgamos temerariamente á nuestros prójimos en lo que debiéramos juzgarnos á nosotros mismos. De este modo, ¡oh Dios mio! los hombres perdidos abusan de todo, y la misma luz de la verdad cierra sus ojos á sus propios desórdenes, y no los abre sino para ver en los demás, ó lo que no hay ó lo que debiera ocultarlos.

Estas son las obligaciones que os pide la autoridad de la divina palabra; veamos ahora las que son inseparables de su fin. Bien sabeis, católicos, que su fin es la conversion de los corazones, el establecimiento de la verdad, la destruccion del error y del pecado y la santificacion del nombre de Jesucristo: en ella todo es grande, todo majestuoso, todo digno del ejercicio mas sublime de la jerarquía, y de aquí se infiere fácilmente que debéis oírnos con un religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos, y con una disposicion de fe que no busque en ellos cosa alguna humana, frívola, ni que no corresponda á la excelencia y dignidad de su fin.

Dije, una disposicion de religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos: porque por mas ilustrados que esteis, no debéis tomar motivo del talento que suponeis en vosotros para despreciar las instrucciones que da la Iglesia á los fieles. Agustin, ya célebre en Milan por sus talentos y por su elocuencia, no se desdefiaba de asistir continuamente á las instrucciones públicas del grande Ambrosio; la suave conmocion del espíritu os enseñará siempre aquí lo que acaso ignorais. Si teneis la ciencia que hincha, os confirmareis en la caridad que edifica; si

vuestro entendimiento no aprende nada nuevo, acaso vuestro corazon sentirá aquí cosas nuevas; á lo menos aprenderéis que es nada vuestra sabiduría si ignorais la ciencia de la salvacion, que no sois mas que una nube sin agua, aunque elevada por vuestros talentos y por la ciencia en que excedeis á los demás hombres, pero vacía de gracia, y juguete de los vientos y de las pasiones en la presencia de Dios; y finalmente, que una alma sencilla y pura lo aprenderá todo en un instante en el seno de Dios, y será transformada de claridad en claridad; al contrario vosotros, despues de una vida llena de vigiliias y trabajos, despues de un inútil conjunto de noticias y luces, no tendreis acaso mas premio que las tinieblas eternas.

¡Qué engaño es, católicos, desterrarse de estos santos concursos con pretexto de saber bastante, y acaso tambien con el de estar suficientemente instruidos en las obligaciones de la piedad, de que tanto tiempo ha que hacemos profesion, y que con la leccion de libros cristianos y un poco de reflexion en el retiro, se adelanta mas y son mas útiles que todos nuestros discursos! Pero, amados oyentes míos, si haceis profesion de la piedad y de la justicia, ¿qué mayor consuelo podeis tener que el oír publicar las maravillas del Señor, los preceptos de su santa ley y las verdades que amais, que practicais y cuyo conocimiento debéis desear que se comunique á todos los hombres? ¿qué espectáculo de mas consuelo para vosotros que el ver aquí juntos á vuestros hermanos á los piés del altar, oyendo atentamente la palabra de vida, apartados de los espectáculos del mundo y de las ocasiones del pecado, formando santos deseos, abriendo sus corazones á la voz de Dios, concibiendo acaso las primicias del Espíritu Santo y los principios de su penitencia, y el poderos unir á ellos para alcanzar del

Padre de las misericordias que acabe de perfeccionar en su alma la saludable obra que en ella ha comenzado?

No quiero decir que la meditacion de las divinas Escrituras no provea á la piedad cristiana de muchos consuelos. Però el Señor une á la virtud de nuestro ministerio y á la vocacion legítima, unas gracias que no hallareis en otra parte. Las mas sencillas verdades en boca de los pastores ó de los que os hablan en su lugar, sañan de la gracia de su mision una fuerza que no tendrian por sí solas, y el mismo libro de Isaías que leído en un carro por aquel eunuco de la reina de Etiopía era para él un libro cerrado que divertia su ociosidad sin ilustrar su fe, explicado por San Felipe se hizo inmediatamente para él una palabra de vida y de salud. Finalmente, sois deudores de este ejemplo á vuestros hermanos, de esta edificacion á la Iglesia, de este respeto á la palabra de Jesucristo, de esta uniformidad al espíritu de paz y de unidad que á todos nos enlaza. Apartaos enhorabuena de aquellas concurrencias profanas y pecaminosas, en donde siempre gime la piedad, en donde siempre es extranjera y oprimida; pero este es su propio lugar, esta es la asamblea de los santos, pues nuestro ministerio se instituyó y se continúa en la Iglesia para formarlos.

Dije, en segundo lugar un espíritu de su fe, y esta disposicion encierra en sí otras dos: un amor á la divina palabra independientemente de los talentos del hombre que os la anuncia, y un gusto formado por la religion, que no viene á buscar aquí vanos adornos, sino las sólidas verdades de la salvacion; esto es, no oirlas ni con ánimo de censurar ni con espíritu de curiosidad.

Y á la verdad, vuestro amor á la palabra de Jesucristo debe cegaros, por decirlo así, para que no veais los defec-

tos de los que os la anuncian; os debe parecer hermosa, divina, digna de vuestros respetos aun en una boca rústica y grosera, bajo cualquiera color que os la presente, ya sea vestida de pomposos adornos, ya con sencillez y desnuda; con tal que conozcáis en ella sus celestiales rasgos, siempre tiene los mismos derechos sobre vuestro corazón. ¿Acaso puede perder algo de su santidad por pasar por canales menos brillantes y ricos? Que el Señor hablase en otro tiempo desde una zarza vil y despreciable á la vista, ó desde una nube de gloria, que intimase sus oráculos en medio del desierto y en un tabernáculo cubierto de pieles de animales, ó en el templo de Salomon, el mas magnífico que se levantó jamás á la gloria de su nombre, ¿perdia acaso su palabra algo de su dignidad? ¿y mientras era el mismo Señor el que hablaba en todas partes, hacia en esto alguna distincion la fe de Israel?

Con todo eso, entre todos los que nos escuchan hay en el dia de hoy muy pocos que no se tengan por jueces y censores de la divina palabra. No vienen aquí mas que para decidir del mérito de los que la predicán, para hacer necias comparaciones y para dar su voto sobre la diferencia de dias é instrucciones que les corresponden; se precian de que no todo les agrada, pasan sin cuidado por las verdades mas terribles y que les harian mas al caso, y todo el fruto que sacan de un discurso cristiano se reduce á haber reparado mas que otros en los defectos. De modo que á la mayor parte de nuestros oyentes se les puede aplicar lo que fingidamente decia José á sus hermanos cuando ya era el salvador de Egipto: Vosotros no habeis venido aquí á buscar trigo y mantenimientos, sino como espías, á registrar los parajes mas flacos de la provincia: *Exploratores estis:*

*ut videatis infirmiora terræ venistis.*<sup>1</sup> Vosotros no venís á oírnos para sustentarnos con el pan de la divina palabra y buscar socorros y remedios útiles á vuestros males, sino para observar á dónde dirigir algunas vanas censuras y hacer gala de nuestros defectos, los que acaso son para vosotros un terrible castigo de Dios, que os niega por vuestros delitos otros ministros mas cabales que pudieran reducirnos á la penitencia: *Exploratores estis: ut videatis infirmiora terræ venistis.*

Pero decidme con sinceridad, católicos: por mas débil que sea nuestro estilo, ¿no decimos siempre lo bastante para confundiros, para disipar vuestros errores y para haceros confesar en lo interior unos desórdenes de que no os podreis justificar con vosotros mismos? ¿se necesitan tan sublimes talentos para decirnos que los fornicarios, los avaros y los hombres sin misericordia nunca entrarán en el reino de Dios? ¿que si no haceis penitencia perecereis? ¿y que de nada sirve el ser dueño del mundo entero si se pierde el alma? ¿La fuerza de todas estas divinas verdades no consiste en su misma sencillez? ¿podrán ser menos terribles en la boca del predicador menos conocido? Por otra parte, si fuera lícito alabarnos á nosotros mismos, como decia en otro tiempo el apóstol á los fieles ingratos que atendian mas á censurar la sencillez de su exterior y de su estilo, y su figura despreciable á los ojos de los hombres, como dice él mismo, que á compadecerse de las fatigas y de los infinitos peligros en que se habia visto por anunciar el Evangelio y convertirnos á la fe; si fuera lícito, os diriamos: Hermanos míos, nosotros sufrimos por vuestra causa todo el peso de un ministerio penoso; nuestros cuidados,

<sup>1</sup> Génes. 42. v. 9.

nuestras vigiliias, nuestras oraciones, los infinitos trabajos que pasamos para venir á estas cristianas cátedras, no tienen mas objeto que vuestra salvacion. ¡Ah! ¿no hemos de merecer á lo menos que respeteis nuestras fatigas? ¿el celo con que lo sufrimos todo por asegurarnos la salvacion, ha de ser el funesto motivo de vuestras burlas y censuras? Pedid á Dios en hora buena que para gloria de su Iglesia y honor de su Evangelio suscite á su pueblo obreros poderosos en palabras, unos hombres á quienes solamente la divina gracia haga elocuentes, y que anuncien el Evangelio de un modo digno de su grandeza y santidad; pero si nosotros faltamos en esto, supla vuestra fe lo que falta á nuestros discursos; dé vuestra devoción á la verdad en vuestros corazones lo que pierde en nuestras bocas, y no obligueis á los ministros del Evangelio con vuestras injustas displicencias á que para agradaros recurran á los vanos artificios de una elocuencia humana, á lucir mas que á instruir, y á tener que ir á casa de los filisteos, como antiguamente los israelitas, para aguzar sus instrumentos destinados á cultivar la tierra; esto es, á buscar en las ciencias profanas ó en el estilo de un mundo enemigo, adornos extraños para hermohear la sencillez del Evangelio y dar á los instrumentos y á los talentos destinados á hacer crecer y fructificar la santa semilla, un brillo y una sutileza que embota su fuerza y su virtud, y pone un falso resplandor en lugar del celo y de la verdad: *Descendebat ergo omnis Israel ad Philisthim, ut exacueret unusquisque vomerem suum, et ligonem.*<sup>1</sup>

Y este, católicos, es el último defecto opuesto á este espíritu de fe; un espíritu de curiosidad. No distinguís como

<sup>1</sup> 1. Reg. 13. v. 30.